

Comentarios de Cristina López de Caiafa* al trabajo sobre supervisión.

Es en los últimos años, a partir de 1997 en el congreso de I.P.A. en Barcelona, que se abren las puertas de la supervisión psicoanalítica curricular y que trabajos de la dupla supervisor-supervisando se dejan ver en su complejidad y riqueza. El congreso de F.E.P.A.L. Montevideo 2002, nuevamente propició fecundos espacios de intercambio en esta área. Este trabajo, de lectura interesante y estimulante, es muestra de ello.

Su interés reside en la riqueza del material de análisis que transmite tanto desde la perspectiva psicopatológica, al mostrar el sutil y arduo trabajo con una paciente muy grave, como por la fina comunicación del proceso analítico y las transformaciones que produjo en la paciente y en su analista en el marco del trabajo de la supervisión.

A su vez estimula la reflexión sobre la supervisión curricular enfocada como función y proceso.

La claridad y honestidad con que las autoras transmiten su forma de trabajar nos posibilita aproximarnos a la dinámica del desempeño de su labor en la sesión y en la supervisión. Ello nos acerca a los modos en que integran y utilizan los aportes respectivos, naturalmente heterogéneos, en su construcción de una comprensión creciente de la paciente y su problemática, así como las formas en que los procesos analítico y de supervisión al desarrollarse operan en cada una de ellas desde su vértice.

Tenemos entonces dos procesos, análisis y supervisión, y dos duplas de investigadores trabajando, paciente-analista / supervisando- supervisor. Este trabajo se desarrolla en dos escenas, ambas, usando las palabras de Martha, “primordialmente humanas y sujetas a comunicaciones inconscientes y conscientes” y al mismo tiempo claramente diferentes aunque con efectos recíprocos que circulan a través de la analista / supervisanda en su posición de intersección y charnela.

La diferencia entre esas dos escenas se ve nítida, una es la *sesión analítica*, una escena donde la sustancia de la tarea se da en los avatares del interjuego transferencial, focalizando una realidad, la realidad psíquica para visualizar los efectos del inconsciente. En un trabajo anterior (1) decía: “en la sesión nos ubicamos con nuestro bagaje emocional-teórico-vivencial, inmersos en una temporalidad donde la cronología estalla (tiempos de *après-coup*) y habitamos un espacio ni totalmente interno ni por completo externo, construido-compartido con nuestro paciente, sus fantasmas y los nuestros”. En esta escena se gesta la escucha analítica impregnada de afectos y de enigmas, de sinsentidos y sentidos pugnando por llegar a ser pensados.

La supervisión curricular *es otra escena, no exenta de ambigüedades pero diferenciable y, como tal, se desprende de la comunicación de las autoras.*

La supervisión no es una sesión aunque se cimienta en la escucha analítica de los avatares del vínculo transferencial - contratransferencial entre un analista y su paciente. También allí se procura visualizar los efectos del inconsciente, pero el trabajo se dirige a

* Miembro Titular de APU y Supervisora del Instituto. E-mail: caiafa@adinet.com.uy

señalarlos, comprenderlos, conceptualizarlos e hipotetizar sobre ellos, desde las teorías existentes o desde las que allí se generan. Estos efectos del inconsciente al ser pensados amplían su productividad que así resulta fertilizadora del campo de trabajo.

La supervisión también se revela como un espacio de aprendizaje aunque en él no se enseña sino que más bien se facilitan las condiciones para el descubrimiento personal y para la apropiación- construcción de la identidad analítica. Así en la intersubjetividad de la relación supervisor-supervisando y en su trabajo con el impacto emocional, la creación de metáforas y analogías, el surgimiento de modelos y construcciones para dar cuenta de la experiencia analítica acontecida en la sesión, forman parte de lo que entiendo como generación de condiciones para el ensanchamiento de la comprensión y el desarrollo de la función analítica de la personalidad. A su vez esto pienso que alcanza a ambos participantes.

Entiendo la supervisión, y así la veo operar aquí, como un modo de trabajo con lo analítico a través de un pensar dinámico, construyéndose-deconstruyéndose con apertura a la incertidumbre y a la sorpresa, en él la identidad analítica se constituye y renueva a permanencia.

En este modo de funcionar con el material de análisis surgen bucles epistemológicos, algo que es del orden del aprendizaje en su perspectiva de transformación organizadora e integradora que crea un conocimiento nuevo en ambos integrantes de la dupla.

En el candidato una nueva forma de ver-entender al paciente, de verse-entenderse en el vínculo transferencial con él, y de conceptualizar e integrar lo vivido en la sesión y en la supervisión. En el supervisor la transformación tocaría su forma de ver-entender el trabajo analítico de candidato y paciente, de ver-entender la dinámica de su propia inserción en este bucle del proceso, y su forma de verse-entenderse trabajando en el contexto de una delegación institucional que le supone responsabilidades curriculares.

De la elección de paciente y supervisor

Que la elección de supervisor y de paciente para supervisar con él no es un mero asunto de racionalidad lo hemos conocido y experimentado casi todos.

La trama subjetiva, las zonas sensibles más o menos oscuras, el peso de lo inconsciente flechan los caminos y determinan cruces y encuentros muchos de ellos afortunados y fecundos como el que hoy nos ocupa.

La elección inmediata de Paloma como paciente a supervisar con **esta** supervisora se gesta en el interjuego de diferentes elementos cuyo peso define una mezcla de emoción y razón.

Paloma, paciente difícil que escapa a los parámetros habituales, coloca a Leticia en situación de soledad, incertidumbre y temor, por la paciente, por el trabajo y por ella misma como terapeuta. El encuentro con Martha, su escucha atenta su “mirar encantado por los procesos mentales de Paloma” le permiten a Leticia reubicarse, es decir, reinvestir a la paciente y su trabajo con ella. La mirada de Martha revela, da a ver un potencial vital, creativo, que a Paloma se le ocultaba y que Leticia dudaba descubrir.

La mirada de Martha puede ver lo vital más allá de los escombros y ello activa su disponibilidad teórica y su potencial generador de metáforas para reunir organizar y dar sentido a lo visto.

Martha es también allí ya un tercero que habilita la unión de dos y las acompaña (desde la mente de Leticia) en su recorrido-indagatoria. Diría que sostiene, como D. W. Winnicott (2) dice que el padre sostiene a la madre para que ella pueda sostener al niño de la dependencia absoluta. Unión y sostén imprescindibles para cualquier desarrollo posterior que alcance una personalidad integrada, discriminada y autónoma, con capacidad para el afecto y los vínculos.

De la relación analítica

Las metáforas: incubadora, C.T.I., nursery, tan ricas y gráficas en su condensación de fragilidad y dependencia, muestran también el potencial vital en juego y su tendencia a desarrollarse e integrarse, algo que sólo es posible si hay una madre-analista dispuesta a entregarse a la tarea.

Leticia describe sus vivencias transferenciales de esta época, su perderse en identificaciones proyectivas que la inundaban e inmovilizaban, pero también su rescatarse, “plantarse firme” y hablar.

En las palabras de Leticia en las sesiones, en sus preguntas a la paciente y en la comunicación de su sentir transferencial sobre ese mundo cerrado de sensaciones se esboza lo “tercero”. Es que la función materna de contener y procesar (*rêverie* bioniana) al ser devuelta en palabras introduce la terceridad al modificar el campo abriéndolo a un “poder pensar” transformador producto de un aparato para pensar los pensamientos. (3)

Es ésta una disponibilidad que la analista introduce pero que en la paciente resuena como “peligrosos” llamados telefónicos de padres (hombres), palabras para las que no está aún pronta pues necesita transitar con su analista por esos estados mentales presididos por la sensorialidad, tan ajustadamente contenidos en la noción de “posición autista contigua” de Thomas Ogden.(4)

La placentera y “perfumada” imagen del recipiente con clavos de la India, el querer tenerlo en casa, que en el registro de la neurosis delataría la emergencia del deseo sexual, es en la precariedad del funcionamiento psíquico de Paloma un índice del encuentro / unión con otro a través de un sensorio elemental y refinado a la vez. Elemental en su escasa semantización en lenguaje “psi” y refinado en su despliegue a través de una imagen (de fuerte evocación estética) por la que aspira ser “olfateada” seguida de cerca, descubierta y comprendida por su analista.

En el período de C.T.I. Leticia, cual una niña, necesita llevar a la sesión su música, sus libros, llevar los objetos concretos para compartir, tal vez aunarse con su analista en una misma percepción / emoción. Esos elementos de la cultura no son allí externos para ella, más bien parecen cumplir funciones en una zona de transicionalidad en el sentido de D. W. Winnicott. Para Paloma el objeto (música- textos) tampoco vale por lo que evoca o representa o como fuente de simbolismo (registro de la separación y la ausencia) sino que lo que resulta valioso es *percibirlo juntas* porque en esa experiencia de percepción-emoción compartida reconocida se da paso a los afectos tomando cuerpo en las palabras.

Roussillon (5) al referirse a la paradoja de la tópica del objeto transicional lo señala como “representante interno - externo de la simbiosis primitiva, representante gracias al cual puede empezar a aceptar la salida de ésta”.

A su vez la trama afectiva que sostiene esa función simbólica tiene notorias diferencias de densidad y riqueza en analista y paciente, de allí que las palabras de la

canción, los objetos culturales, digan bastante más a una, que a otra. Esto se revela con claridad en la evocación de Sansón y Dalila, o del cuadro de Munch, donde la analista da cuenta de sus propias resonancias, en su procesamiento personal del material de sueños de la paciente, elementos de la cultura que son herencia y testimonio de la transicionalidad winnicotteana rica en efectos en ella.

Aquí, las diferencias de sintonía, de idioma diría, dan paso en Paloma a penosas vivencias de alejamiento, indiferencia, separación que sólo durmiéndose evita. La sensibilidad de la analista y su supervisora, la fineza de ésta y su disponibilidad para introducir y manejar los recursos de la técnica, hacen del trabajo con la introducción de modelos al paciente una “presentación del objeto” en el sentido de Winnicott, algo a ser presentado por el otro para que pueda ser descubierto-creado por el sujeto.

Hay un recorrido que hace Paloma junto a Leticia, un recorrido que lo hace *por* ir junto a ella, una trayectoria que al irse haciendo construye una red afectivo simbólica que desemboca nada menos que en la “Historia de las mujeres de Brasil”. En este punto del trayecto el objeto cultural, un libro de historia, dice de historias pasadas y hace posible a la paciente decir su historia viva, generándose, escribiéndose, modificándose en el trabajo analítico. Una historia que ahora es capaz de integrar viejos-nuevos personajes (el padre- el hombre) y nuevos vínculos, nuevos deseos.

En ese recorrido, la supervisión curricular, ese encuentro con el material de análisis en un segundo momento, desde otro vértice, se revela entre otros en su carácter de función paterna de sostén, de corte y de potencialidad simbolizante. Constituye un espacio de autoobservación compartida, de reflexión crítica, y de introducción de nuevos modelos y metáforas. Ellas no solo semantizan y organizan lo vivido en sesión sino que dan lugar a nuevos vértices de escucha y posicionamiento del analista que lo rescata de dualidades, producto de la inmersión transferencial en el vínculo con pacientes graves.

Coincido con Martha cuando propone que el límite del psicoanálisis está dado por el nivel de los modelos teóricos que disponemos hoy, y por los límites del propio analista en sus posibilidades personales de profundización mental. Agregaría que somos los analistas quienes tenemos la posibilidad de introducir cambios que ensanchen los límites de los modelos que disponemos. Considero que en el espacio de la supervisión los modelos teóricos son puestos a prueba, exigidos, tensados para hacerlos rendir y dar cuenta del paciente, su patología y nuestro vínculo con él. Creo que la exploración de un modelo en su riqueza y utilidad, así como el eventual arribo a pensar su insuficiencia o agotamiento es un paso necesario que abre caminos a la búsqueda y a nuevas modelizaciones. Aquí la función paterna de corte, habilitante de nuevos vínculos creativos, alienta a salir de adhesiones teóricas limitantes, a desarrollar el pensamiento propio y a instaurar nuevos y prolíficos enlaces.

Referencias bibliográficas

1. LÓPEZ DE CAIAFA, CRISTINA. Ambigüedades en la supervisión curricular. Presentado en el Pre-Congreso Didáctico. I.P.A. Barcelona, 1997. Inédito.
2. WINNICOTT, D. W. *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós. Buenos Aires, 1993.
3. GRINBERG, LEON et Al. *Nueva introducción a las ideas de Bion*. Tecnipublicaciones. Madrid, 1991.
4. OGDEN, THOMAS. *La frontera primaria de la humana experiencia*. Yebenes. Madrid, 1992.
5. ROUSSILLON, RENÉ. *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1995, pág. 73.